NOTAS

EL MITO ILUSTRADO DE LA MODERNIZACIÓN

*Guillermo Lara Villarreal**

THE ENLIGHTENED MYTH OF MODERNITY

RESUMEN: La modernidad es, además de una época, un valor, aunque su sentido se vincula eminentemente con los criterios de la Ilustración. Así, modernizar significa impulsar el progreso, la racionalidad y la civilización. Sin embargo, tal imagen no es completa, pues lo moderno incluye los valores románticos que se vuelven hacia lo natural, el pasado, lo mítico y lo poético, dimensiones irrenunciables de la vida humana cuyo rescate transforma la manera de interpretar el tan actual proyecto, epistémico y político, de modernizar.

PALABRAS CLAVE: modernidad, ilustración, racionalidad, civilización.

ABSTRACT: Modernity is considered not only an era, but a value, although its meaning is being principally linked to Enlightenment's criteria. Thus, to modernize signifies the stimulation of progress, rationality, and civilization. However, such image is not complete because modernity contains those romantic values gravitating toward the natural, the past, the mythical, and the poetic, unalienable aspects of human life and their salvage implies transforming the interpretation of that current project, epistemic and political, of modernizing.

KEYWORDS: modernity, enlightenment, rationality, civilization.

RECEPCIÓN: 3 de marzo de 2015.

ACEPTACIÓN: 18 de mayo de 2016.

*Universidad La Salle.

EL MITO ILUSTRADO DE LA MODERNIZACIÓN

*La necesidad creará un héroe que, privado de protección divina,
se desligue de la ley divina. Solo así servirá para llevar
a cabo la hazaña que, tan necesaria para los dioses,
a los dioses, sin embargo, les está prohibido realizar.*

RICHARD WAGNER, *La valquiria*

162

El habitual comienzo de todo curso de filosofía es el apartado titulado “el paso del mito al logos”, con el que pretende escenificarse el nacimiento de la filosofía, desvinculándola por completo del pensamiento mítico y religioso, como si el conocimiento y el saber que objetivamente dé claridad al universo, finalmente llegaran al mundo, superando con Tales de Mileto las ilusiones fantásticas de los poetas anteriores. Esto es pura falsedad. La filosofía, que presumiblemente habría comenzado con Tales, nunca pretendió siquiera consumir la aniquilación del mito. Este sobrevivió a todos los filósofos, incluso a los grandes Platón y Aristóteles. Si el mito hubiera terminado con el advenimiento del logos, nos sería desco-

nocida la historia de Edipo, de Orestes, de los Argonautas, de Electra, de Hércules, de Penteo, de Antígona, etc. Ciertamente, están presentes en una tradición antiquísima,¹ pero sus relatos, como son conocidos en la actualidad, aparecieron en tiempos de Sócrates o antes. Los mismos juegos olímpicos, por ejemplo, rituales eminentemente religiosos, subsistieron durante varias décadas después de Cristo.

Ahora bien, el propio abordaje filosófico contiene significados importados del mito. Como disciplina seminal, la filosofía necesitó servirse del lenguaje de fuentes diversas para poder hablar. Así, conceptos como causa, principio, ley, orden, etc., son

¹ La historia de Edipo, por ejemplo, aparece brevemente en la *Odisea*, XI, 271.

eminentemente jurídicos.² De igual modo, la presencia mítico-religiosa atraviesa toda la filosofía griega. “Tales decía que todo está lleno de dioses.”³ El flujo del río heracliteano es Rea, la madre de los olímpicos, mientras que, por su parte, Empédocles habla sin problemas de Afrodita, del Deseo (*Filótes*) y la Discordia (*Neikós*) en su *mýthos*.⁴ Y ni se diga el uso pedagógico que Platón hace de los mitos. El griego sabía, a diferencia de muchos que enseñan filosofía hoy, que el mito *es* logos.

El origen de esta separación puede remontarse al pensamiento ilustrado, que en su afán por dignificar a la ciencia desdeñaba las vanas apariencias: “el esquema de la superación del mythos por el logos [...] gana su validez a través del presupuesto del progresivo ‘desencantamiento’ del mundo. Representa la ley progresiva de la historia del espíritu mismo y [...] se acepta como incommoviblemente

evidente”.⁵ Que la filosofía represente una superación de las falsas sombras de la poesía es análogo a lo que la modernidad se atribuye a sí misma: la consolidación de un sistema de la verdad, independiente de ficciones religiosas, cada vez más estable, exacto y certero. “La modernidad se origina primariamente en el proceso de una *diferenciación y delimitación frente al pasado*. La modernidad se separa de la, hasta ahora, tradición predominante.”⁶

Así, para los modernos, es objeto de presunción el abandono de antiguas supersticiones y su dotación de verdadera objetividad. Finalmente, se renunciaba a la alquimia por la química; se dejaba de hacer astrología para convertirla en astronomía. “La ciencia natural tardó bastante más en encontrar la vía grande de la ciencia. Hace solo alrededor de un siglo y medio que la propuesta del ingenioso Bacon de Verulam en parte ocasionó el descubrimiento de la ciencia y en parte le dio más vigor, al estar-se ya sobre la pista de la misma”,⁷ afirmaba Kant.

⁵ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, 1977, Salamanca, Sígueme, trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, p. 340.

⁶ Josetxo Beriain, “El doble ‘sentido’ de las consecuencias perversas de la modernidad”, en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, 1996, Barcelona, Anthropos, trad. de Celso Sánchez Capdequí, p. 10.

⁷ Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, 2007, México, Taurus, trad. de Pedro Ribas, BXII.

² Según el estudio que realiza Ernst Cassirer del pensamiento de Axel Hägerström, “bajo la máscara de los conceptos jurídicos se descubren siempre conceptos míticos. [...] Ahí donde la jurisprudencia clásica veía un sistema lógico, rigurosamente ensamblado, de conceptos, Hägerström ve tan solo un complejo de representaciones mágicas: el pensamiento mágico aflora, según él, aunque enmascarado, también en el presente”. Ernst Cassirer, *Filosofía moral, derecho y metafísica. Un diálogo con Axel Hägerström*, 2010, Barcelona, Herder, trad. de Roberto R. Aramayo, pp. 129-130.

³ Aristóteles, *De anima*, 411a.

⁴ Cfr: Empédocles, B17.

La dirección del espíritu progresivo tendía a reafirmar la superioridad del logos por encima del mito. Pero la ciencia, cada vez más objetiva, no solo desmentía las imágenes de los sueños poéticos, sino que también construía un mundo cada vez más técnico y cada vez más urbano, pues lo silvestre es territorio de las ninfas y recordaba la vida salvaje que fácilmente ilusiona a los hombres con vincularse a la naturaleza. El paso del mito al logos es un avatar de la *modernización*: “La idea de modernización aparece en sus primeros

análisis en el marco analítico del neoevolucionismo, como un proceso hacia la meta de la modernidad según el modelo dicotómico: tradicional-moderno de cambio social, o, en palabras de Bendix, el modelo ‘antes y después’”.⁸ Sin embargo, esta radical apropiación de lo moderno es injustificada, pues solamente representa una de las direcciones espirituales de la época.

El término de modernidad es traducción del concepto original de *modernité*, que Baudelaire introdujo en el siglo pasado, entendida como la forma de experimentar lo que es nuevo. Un siglo más tarde, la noción más comúnmente utilizada de modernidad se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa a partir del siglo XVII aproximadamente y que se difundieron desde el siglo de las Luces a nivel mundial.⁹

Este equívoco provoca el olvido de un movimiento eminentemente moderno que se confronta manifiestamente con el ilustrado: el romanticismo. Ahí surgirá como categoría rigurosa el concepto de antigüedad, como todo aquello *que no sea moderno*, como aquel nostálgico pasado de los beatos hombres que nos

Dicha pretensión, sin embargo, no es del todo acertada, puesto que los mismos científicos que presuntamente habrían enterrado aquellas supuestas supersticiones las continuaron practicando. “Durante el Renacimiento, las llamadas ciencias ocultas —la magia, la alquimia, la astrología— eran predominantes todavía, y hasta tuvieron una nueva época de florecimiento. Kepler fue el primer gran astrónomo empírico que pudo describir los movimientos de los planetas en términos matemáticos exactos. Pero fue extremadamente difícil dar este paso decisivo, pues Kepler no tuvo que luchar tan solo contra los tiempos, sino contra sí mismo. Astronomía y astrología eran inseparables todavía. El propio Kepler fue nombrado astrólogo de la corte imperial de Praga, y hacia el término de su vida llegó a ser astrólogo de Wallenstein.” Ernst Cassirer, *El mito del Estado*, 2004, México, FCE, trad. de Eduardo Nicol, 2a. ed., pp. 347-348. Similar es el caso de Newton, para quien, “aunque el interés por la alquimia lo acompañó toda su vida, el trabajo alquímico, propiamente dicho, duró, al menos, 24 años, en los que se dedicó a recopilar, leer y comentar todos los textos alquimistas que se podían conseguir tanto por los canales tradicionales como por aquellos que únicamente circulaban entre los grupos clandestinos”. José E. Marquina, *Newtoniana*, 2011, México, UNAM, p. 32.

⁸ Carlota Soler Puig, “Acerca de la modernización, la modernidad y el riesgo”, *Reis*, 1997, año XX, núm. 80, p. 115.

⁹ *Ibid.*, p. 120.

antecedieron. El saco de lo antiguo se conformará con las viejas culturas de las que ya solo quedan ruinas: griegos, romanos, egipcios, chinos, etc.; pero, también, con las narraciones medievales, las sociedades monásticas y rurales, la vida de los castillos y los caballeros. La antigüedad sería una época irrestrictamente extensa, pues, de suyo, sería miles de años más larga que la modernidad misma: la distancia temporal que hay entre el auge de Egipto y Platón es mayor que la que nos separa a nosotros mismos del filósofo ateniense.

Frente a la creencia ilustrada en la perfección, que sueña con la realización de una liberación de toda “superstición” y de todo prejuicio del pasado, ahora los primeros tiempos, el mundo mítico, la vida no analizada ni rota por la conciencia en una “sociedad natural”, el mundo de la caballería cristiana, alcanzan un hechizo romántico e incluso preferencia respecto a la verdad.¹⁰

El grito romántico frente al ilustrado lo encarna Fausto, quien, al declararse ignorante e incapaz, no obstante ser maestro, médico y doctor, desespera frente a la escasa luz que las ciencias le han brindado. “Por esta razón me entregué a la magia, para ver si mediante la fuerza y la boca del

espíritu, no me sería revelado algún arcano.”¹¹ Ya no es la razón y sus grandes obras técnicas las que ostentan la máxima dignidad: “El fulgor de la naturaleza es la más alta aparición”¹² dice Hölderlin en *El otoño*. Y para asirla, el espíritu debe elevarse mediante un vuelo poético, mágico, místico, pues, en palabras de un entusiasmado Schelling, “ella es como la belleza reposada y tranquila que no atrae la atención con signos estridentes, que no seduce a los ojos vulgares”.¹³ Se da a conocer en plenitud, pero no a quien pretenda medirla y dominarla, sino a quien se atreva a liberarse, con ella, de las ataduras de la finitud: “tiene cada brote de la naturaleza tan solo un instante de plena y verdadera belleza”,¹⁴ pero su potencial contemplador únicamente descubre tan incomparable monumento rozando la sublimidad. “El arte, en cuanto representa la esencia en aquel instante, lo rescata del tiempo; hace que aparezca en su puro ser, en la eternidad de su vivir.”¹⁵ El pensamiento encuentra, en la rigidez de

¹¹ J. W. Goethe, *Fausto*, 2006, Madrid, Alianza, trad. de José Roviralta Borrell, p. 44.

¹² F. Hölderlin, *Poemas de la locura* [edición bilingüe], 2006, Madrid, Hiperión, trad. de Txaro Santoro et al., 10a. ed., p. 119.

¹³ Schelling, *La relación de las artes figurativas con la naturaleza*, 1972, Buenos Aires, Aguilar, trad. de Alfonso Castaño Piñán, 4a. ed., p. 36.

¹⁴ *Ibid.*, p. 40.

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁰ Gadamer, *op. cit.*, p. 340.

NOTAS

su convenido sistema, el enmascaramiento de la exuberancia de lo real.

Todos los pensadores de la Ilustración habían considerado al mito como una cosa bárbara, como una masa tosca y extraña de ideas confusas y supersticiones primarias, como una simple monstruosidad. [...] Esta idea sufre un cambio radical en cuanto llegamos a los filósofos románticos. En el sistema de estos filósofos, el mito se convierte no solo en objeto de la más elevada atención espiritual, sino en objeto de veneración y reverencia. Se le considera la fuente de la cultura humana.¹⁶

Y, con mayor radicalidad, se le considera una fuente de verdad que le arrebató a la ciencia el monopolio de la validez discursiva. “Y así se comprendió por fin que los mitos han de ser, más que imágenes o metáforas de experiencias que el hombre puede vivir en cualquier momento, revelaciones existenciales reservadas a su propia hora estelar.”¹⁷ El pensamiento mítico, pues, no es un mero despliegue de alegorías, útiles cuando se tiene solo un conocimiento confuso de las cosas, como un preludio de la razón, sino una forma del pensamiento que ofrece, igualmente,

verdad, aunque sus criterios difieran de los científicos. Renunciando al mito se instaure un velo que impide comprender al mundo en su totalidad, ya que, de hecho, el mito es una de las funciones simbólicas del espíritu: una posibilidad del logos que acompaña, con igual validez, al arte y a la ciencia, por ejemplo.¹⁸ “No solo es propio de la ciencia sino también del lenguaje, del mito, del arte y de la religión el proporcionar los materiales a partir

¹⁸ La ciencia misma ha vuelto la mirada hacia los mitos en busca de apoyo y no solo desde sus airoas alturas de presunción. En la década de 1970, se identificó un padecimiento que Joseph Merrick, el llamado *hombre elefante*, haría famoso: el síndrome de Proteus, cuyas características principales son “gigantismo parcial de manos y pies, hipercrecimiento de extremidades o hemihipertrofia, hiperostosis craneal, macrocefalia y manifestaciones cutáneas, tipo hiperplasia plantar cerebriforme, tumores hamartomatosos subcutáneos (lipomas, hemangiomas y linfangiomas) y nevus epidérmicos”. Véase, M.A. Martínez Granero, *et al.*, “Síndrome de Proteus y lipomatosis encefalocraneocutánea, ¿una misma hamartomatosis? A propósito de un caso severo”, en *Anales Españoles de Pediatría*, 1998, vol. XLIX, núm. 5, p. 505. Por otro lado, en el ámbito de la taxonomía, al intentar clasificar especies cuyas características no eran propias ni de animales ni de vegetales, a saber, organismos unicelulares (eucariotes), se creó el nuevo reino *Protista*, el cual, en palabras de Álvaro Chaos, “se compone de gran cantidad de especies cuyas relaciones filogenéticas no están claras. El nombre proviene de un dios del mar caracterizado por cambiar de forma a voluntad y frecuentemente”. Véase, Álvaro Chaos Cador, *¡Hay un dinosaurio en mi sopa!*, 2014, México, FCE/SEP/Conacyt, p. 57. La ciencia, con todo su rigor y objetividad, regresa, para comprender los nuevos fenómenos frente a sí, a figuras mitológicas y, en este caso, al divino Proteo (recordado comúnmente en poesía y filosofía), cuya historia narra Homero en la *Odisea* (IV, 410ss).

¹⁶ Cassirer, *El mito del Estado*, p. 216.

¹⁷ Walter F. Otto, *Teofanía. El espíritu de la religión griega*, 2007, Madrid, Sexto Piso, trad. de Juan Jorge Thomas, p. 19.

de los cuales se construye para nosotros el mundo de lo ‘real’, lo mismo que el del espíritu.”¹⁹ La actualidad del mito se porta en la conciencia.²⁰

Por ello, el descrédito de los mitos durante la Ilustración es una contradicción histórica, pues la antorcha que se portaba era, justamente, la del cultivo de la libertad, la creatividad y el pensamiento: “La literatura y el arte, la ciencia y la filosofía, todas tenían un centro común y cooperaban unas con otras para el mismo fin”.²¹ Tal es la *neo-Ilustración* atribuida a Cassirer: el llamado, en una época

decolorada por la supuesta modernización, al atrevido despliegue de todas las potencias del espíritu, “que el hombre se vuelva tan libre como pueda llegar a serlo”.²² Grito apasionado a favor de la cultura que deja escuchar un eco romántico.

No puede, entonces, seguirse hablando de una superación del mito cuando, de hecho, una de las facetas del logos mismo es mítica, ya que no todos los actos del lenguaje tienen una intención descriptiva o, digamos, científica, sino que también se dan las expresiones que Austin llama *realizativas*, las cuales son indisociables de los rituales que las acompañan: por ejemplo, que el árbitro declare fuera de juego es realizar ya una acción, pero solo tendrá sentido si las circunstancias del acto son favorables, es decir, si el rito se efectúa con propiedad; el árbitro debe ser el oficial, debe hacer la marcación en los tiempos previstos, etc. Igualmente, una promesa no es un juicio *constatativo* que describa un estado exterior: no es, pues, un juicio de conocimiento. Prometer es actuar. Es perder las certezas del futuro, que tanto valora la supuesta modernización. Los enunciados realizativos son mitos que se corresponden

¹⁹ Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas. I. El lenguaje*, 1998, México, FCE, trad. de Armando Morones, 2a. ed., p. 33.

²⁰ Y, como el propio Cassirer señala, uno de los terrenos más fértiles para los mitos contemporáneos es el ámbito de lo político. “Le ha tocado al siglo XX, nuestra época más técnica, desarrollar una nueva técnica del mito. Como consecuencia de ello, los mitos pueden ser manufacturados en el mismo sentido y según los mismos métodos que cualquier otra arma moderna, igual que ametralladoras y cañones. Esto es una cosa nueva, y una cosa de importancia decisiva. [...] [Pero] para que la palabra pueda producir su efecto consumado hay que completarla con una introducción de nuevos ritos. [...] Cada clase, cada sexo y cada edad tiene un rito propio. Nadie podía andar en la calle, nadie podía saludar al vecino o a su amigo sin ejecutar un rito político. E igual que en las sociedades primitivas, el descuido en uno de estos ritos establecidos ha significado la desgracia y la muerte. Ni siquiera entre los niños se ha considerado esto como un simple pecado de omisión. Se convierte en un crimen de lesa majestad contra el caudillo y el estado totalitario.” Cassirer, *El mito del Estado*, pp. 333-334 y 336.

²¹ *Ibid.*, p. 212. Aunque el autor agrega que “el período de la Ilustración perdió el interés en las especulaciones metafísicas”. *Ibid.*, p. 209.

²² “El debate de Davos del año 1929 entre Cassirer y Heidegger”, en *Cassirer y su neo-Ilustración*, 2009, Madrid, Plaza y Valdés, trad. y comp. de Roberto R. Aramayo, p. 91.

NOTAS

con un rito, cuya presencia en la cultura es constante e irrenunciable.²³ Justo como sucede, por ejemplo, en el derecho:

Tal como en el uso mítico y religioso del lenguaje la regla de invocación a los dioses, en tanto que precepto, solo puede ser eficaz si se ejecuta exactamente según las fórmulas prescritas, hasta el punto de que la omisión o el cambio de una palabra aniquila la fuerza de invocación, lo mismo vale también originalmente para toda acción jurídica.²⁴

Así, restringir la modernización al ideal ilustrado, científico-técnico, urbanístico, etc. es una arbitrariedad, pues su contraparte, el espíritu romántico que anhela el pasado, lo silvestre, lo poético y lo mágico, es igualmente moderno:²⁵ solo desde la modernidad se puede añorar lo antiguo. La apropiación del *Zeitgeist* que hizo una corriente particular es, a todas

luces, ideológica, lo cual se puede representar, *modernamente*, con un mito: cuando los hombres fueron creados y habitaban el paraíso, en perfecta comunión tanto con la naturaleza como con lo divino, Dios les ordenó no comer del fruto de cierto árbol del huerto. Tentada por la serpiente, Eva comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, convidándole a Adán. “Entonces se les abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se taparon con ellas.”²⁶ Abrieron los ojos y vieron que su situación en el paraíso era insuficiente. Escucharon a la serpiente pero no a Dios. Se dieron cuenta de lo que eran y quisieron cambiar, quisieron *progresar*. Aborrecieron la vida silvestre de los cuerpos desnudos entre las hierbas, así que se civilizaron improvisando vestimentas. Abrieron los ojos, pero los cerraron a la vez. El espíritu ilustrado que quiso determinar la ciencia del bien y del mal fue arrojado del paraíso y, desde entonces, no cree en él. Desconfía de aquel idílico pasado en que creyó hablar cara a cara con Dios e invalida la posibilidad de extraer sabiduría en conocerle. Sabe que su estancia en el Edén no es más que una fábula, pues, cuando aun habitaba en él, comió del fruto que lo desmintió de la superstición, comió el fruto de la modernización.

²³ Cfr. J. L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, 1998, Barcelona, Paidós, trad. de Genaro R. Carrió.

²⁴ Cassirer, *Filosofía moral, derecho y metafísica*, p. 133.

²⁵ Lo cual tiene no solo consecuencias gnoseológicas sino, también, políticas: modernizar a los pueblos no implicaría, entonces, urbanizarlos, purificarlos de sus creencias religiosas, dotarlos de tecnología ni integrarlos a un sistema político mayoritario, regido por valores y costumbres occidentales; ni ver a la naturaleza como la materia bruta en espera de que la industria intervenga en ella, sino como un estado de existencia digna ante la que se vuelve la mirada para conservarla y admirarla en su estado silvestre.

²⁶ Génesis 3, 7.